

MARIA PAPE--CARPENTIER.

PRIMERA CONFERENCIA.

«Si la reflexion tuviera el poder de gobernar los latidos del corazon, estaria el mio muy tranquilo en este momento. Desde luego, porque vengo á cumplir con un deber; y despues, porque hace muchos años que conozco las cosas con que voy á tener el honor de entreteneros.

El ministro de instruccion pública me ha honrado demasiado con su benevolencia, designándome para dirijiros algunos consejos, en lo que solo veo el resultado de un favor personal. El ministro tiene demasiada ilustracion y demasiada pasion por el bien público, para poner las cosas al servicio de las personas. No busca á las personas sino con conocimiento de las cosas, y si se ha dignado escogerme, seguramente ha pensado que para hablaros de las salas de asilo, de una institucion de niños tiernos, extraña á los hombres ocupados de la política, y de la ciencia, una mujer, una madre, una decana de las salas de asilo, encontraria en vosotros el crédito que dan la práctica y la experiencia.

Ruego al Sér Supremo me ayude á llenar las intenciones que

se desean, y tambien os ruego que me ayudeis con vuestros sentimientos de confraternidad; porque para vosotros soy solo una colega, una compañera.

La introduccion del método de las salas de asilo en las escuelas primarias, no es un pensamiento nuevo é irreflexivo. ¿Quién puede decir la edad de los buenos pensamientos? Data de hace mucho tiempo. Se halla su gérmen en la ordenanza real de Francia de 1837, que asimilaba el asilo á la escuela para los exámenes, la inspeccion, la recompensa y la disciplina. Si se sigue el camino en las circulares del Sr. de Salvandy, bajo cuyas disposiciones fué acordada esa ordenanza, se verá que llama á la sala de asilo *el vestibulo de la escuela primaria*. Vuelve á encontrarse en otras muchas piezas oficiales, en las cartas particulares, en los artículos de los periódicos. Este pensamiento no es, pues, una temeridad; es una idea madurada por el tiempo y que el gobierno habria tenido el inmenso mérito de realizar, probando más y más á su honor, este pensamiento que hace mucho tiempo se ha perdido de vista. «Pensar bien y decir bien, no son nada, sin hacer bien.»

¿Cuál es, pues, el método de las salas de asilo, y en que las escuelas pueden verse reemplazadas por su hermana menor?

En este punto sabeis tanto y mejor que yo el mal que sufren vuestras escuelas; sabeis lo largo de las clases, lo árido de los libros, lo pesado del conocimiento de la *teoría*: el todo es un fastidio.

A esta vista mi apreciacion no podria ir más allá que la del gobierno, que lo expresa con valor en una reciente é importante carta á los directores de la educacion en los Departamentos. Por otra parte, nuestras fatigas al terminar el año escolar, las penas físicas y morales que os cuesta cada dia, dicen más que todo, que la mayoría de los discípulos resiste á vuestros esfuerzos, atrayéndose el reproche, acaso injusto de considerarlos indisciplinados y perezosos.

Y entre los que no resisten, aquellos cuyo dócil carácter y memoria complaciente, se presten á enseñanzas ficticias, ¿cuántos se encuentran, que llegados á la edad de diez y seis ó diez y ocho años, han olvidado las lecciones muertas que habian aprendido?

Ciertamente que al ver cosas semejantes se presenta un muro de bronce entre el preceptor y la inteligencia de los educandos, y las lecciones que éste se esfuerza en explicar, no pudiendo echar raíces, se desprenden, como se desprende de las paredes el revocado superficial que se aplica sin consistencia.

Más tarde, cuando estos niños entran en la vida, que se levantan dificultades á su alrededor, que se ven asediados por la perplejidad, buscan en sus recuerdos un consejo, una solución; y como no están acostumbrados á buscarlas en su propio juicio, no encuentran ninguna luz que los guíe en la enseñanza teórica que se les ha dado, y titubean y sucumben.

¿Qué caídas se hubieran evitado, si esos pobres niños hubiesen estado desde la escuela en presencia de ménos libros y de más cosas! Y bien, en expectativa de ese porvenir, de ese sentido práctico de la vida, la práctica de las cosas es la que hace el fondo y el espíritu del método de las salas de asilo.

Pero ¿por qué se manifiesta este espíritu en el asilo que data de ayer, mucho más que en la escuela que remonta, no á 1833, sino más allá del tiempo de Carlo Magno?

Esto se explica muy bien. Los niños de la escuela casi son hombres pequeños. ¿Saben tantas cosas que deben ignorar! Se erree poderles hablar como á hombres, y de este primer error resulta una falsa dirección en la enseñanza, á la que hoy se quiere poner remedio.

En la sala de asilo se encuentra reunida otra población completamente diversa, y es preciso variar con ella de modo de obrar. ¡Idles, pues, á hacer escribir páginas enteras, á enseñar-

les de memoria libros enteros á niños de dos y de tres años, que no se mantienen aún con solidez en sus pequeñas piernas!

Repetirán las palabras, no solamente sin comprenderlas, teniendo esto de comun con la mayor parte de los escolares, sino tomándolas todas las más veces al contrario.

¿Entonces qué se debe hacer para enseñar alguna cosa á estos niños casi salidos de la lactancia? Es bien simple, y no es este un secreto de alquimia. Conténtese con imitar á las madres, que despues de haber provisto á las necesidades de sus hijos, llegan, sin el socorro de ningun *deber*, sino por alegres y gentiles pláticas, sobre todo lo que les interesa, á enseñarles día por día y segun se presenta la ocasion, una multitud de buenas y útiles cosas.

He dicho, *despues de haber provisto á sus necesidades*, y esto es en efecto lo que pasa: las madres aman á sus hijos, y desean que ántes de ser sabios sean felices. ¡Felices! ¿Este deseo puede ser realizado? Sí, para los niños más que para otro alguno. ¿Los niños son tan poco ambiciosos! ¿Qué es para ellos la felicidad? ¿Es el juego, el lujo, los dispendiosos placeres? No. La felicidad para ellos estriba en vivir en medio de la paz, con el afecto de sus padres y familia, gozar del ejercicio normal de sus facultades y de la satisfaccion de sus necesidades legítimas.

Las necesidades de los niños, concernientes á comer, beber y vestir, no son de cargo vuestro. Tocan á sus padres, y solo podeis contribuir á ellos con consejos ilustrados y discretos. Pero la necesidad de un aire puro, la de movimiento que vuestros discípulos necesitan imperiosamente, os incumben, al mismo grado que la necesidad intelectual de conocer, y la necesidad moral de ser amados y de amar.

Que el aire, la luz, la alegría circulen con profusion en vuestras clases. Estas son las benéficas influencias indispensables á la salud, de que por otra parte participaréis con ellos, y cuya privacion haria que sufrierais como ellos, ó algo más.

Cuando digo la alegría, no entiendo por eso que os ocupeis de hacer reír á vuestros discípulos. Los niños son más alegres que nosotros, y cuando los amamos, ellos son los que nos animan y distraen de nuestros cuidados y los que disipan nuestras tristezas. Quiero decir, que es preciso hacerles amable nuestra autoridad, apetecibles nuestras lecciones, y saber gobernar á los niños sin entristecerlos.

Es necesario reconocer la necesidad que experimentan de moverse continuamente; esa turbulencia, ese tráfago del hormiguero de pequeños seres con todo su vigor y que nada cansa, es el suplicio de los hombres formados, y la fatiga de las recreaciones despues del cansancio de las clases. ¡Oh! Sé lo que entónces experimentaréis, y os compadezco. Pero ese movimiento tiene su razon de ser, es necesario para todo lo que es vivo y jóven; toma su fuente en la necesidad muscular de los niños, cuyas fuerzas, sometidas á una ley general, no pueden aumentarse sino ejerciéndolas. No depende de vuestros discípulos el permanecer tranquilos y callados, el ser *prudentes*, como se dice, con una falta de reflexion é ignorancia que admiro. ¡Circuspecto! El que ni rie, ni grita, ni se mueve; si encontrais un niño semejante entre vuestros discípulos, enterradlo, es un niño muerto.

En cuanto á ese ruido sordo y sin nombre de autor, ese movimiento intempestivo é incansable que indebidamente se produce en las clases, y que llega á veces á irritar hasta la cólera... estad seguros, y por otra parte lo habréis experimentado, que ni la cólera, ni los castigos, ni los razonamientos, ni las promesas pueden nada contra ellos; aun los golpes son completamente inútiles..... Ni los niños que sinceramente os quisieran obedecer, podrian obtenerlo, sino durante un corto momento; y los ruidos, los murmullos y la agitacion volverán muy pronto á tomar su curso, como un torrente que sobrepaja todos los obstáculos.

No teneis sino dos medios para poner término á ese azote; pero esos dos medios son infalibles: el primero es el de acortar vuestras clases, que por lo ordinario son demasiado largas, con paseos, cantos y algunos minutos de aire libre.—El segundo es el de hacer más vivas, más interesantes y más prácticas vuestras lecciones, y el de hacer *lecciones de objetos*; en una palabra, introducid en la enseñanza el método de las salas de asilo, el método natural, fisiológico, en fin, el MÉTODO, porque por resultado de todo, no hay más que un método, así como no hay más que una sola verdad. Todas las invenciones que no proceden del método maternal, todas las que no están calcadas sobre la naturaleza, único tipo ofrecido á nuestra sagacidad, no merecen tener el nombre de método; no son sino procedimientos de fantasía, sistemas las más veces arbitrarios.

Era el método que cuatro siglos ántes de Jesucristo siguieron Sócrates y Platon, y en nuestro siglo Pestalozzi, Froëbel, el Padre Girard y una multitud de inteligencias, que más ó ménos marchan por el mismo sendero. ¿Tenia, pues, razon al decir que la idea adoptada ha sido madurada por el tiempo?

Por eso este método es el único natural, y por eso es el más fecundo, el más fácil de comprender y el más cómodo para practicarse. En efecto, la propiedad de los movimientos naturales, es ser más fáciles que los movimientos falsos. Los unos dan gracia al cuerpo y lo fortifican; los otros son desagradables y rompen los miembros.

Y además, el método natural no exige de los preceptores sino la aplicacion sincera de la inteligencia á la observacion de los hechos diarios.

El se origina de este principio evidente: que el niño no adquiere el conocimiento de lo que le rodea, sino por medio de los sentidos; que los sentidos son las puertas, las ventanas, los conductos por los que las nociones del mundo visible penetran en su cerebro, para dar á su alma la sustancia de las ideas.

Desde luego se aplica á ejercitar los sentidos, á cultivar las aptitudes especiales de ellos, sobrevigilar su accion regular, á fin de que puedan recibir de una manera exacta las impresiones exteriores y sin errores transmitir las á la inteligencia interior, á la reina cautiva que debe alimentarse de ellos..... ó empozoñarla.

En fin, él desarrolla las diversas enseñanzas intelectual y moral; bajo la forma amable y familiar que ha recibido el nombre de *lecciones de objetos*.

Muchas veces se han citado las *lecciones por el aspecto* de los alemanes; pero el aspecto, la apariencia, es demasiado falible. La apariencia es la que por mucho tiempo hizo creer que el sol daba vueltas alrededor de la tierra. La *leccion de las cosas* enseña con la exacta realidad, y de cada realidad se hace brotar un conocimiento útil, un buen sentimiento ó una buena idea.

No os imaginéis que esta forma de leccion, por ser íntima y sin pretension, deje de tener sus reglas y sus principios. Al contrario, los tiene fijos y son completamente independientes de la fantasía del preceptor. ¿Sin esta cualidad mereceria ser llamada *método*? Sus principios y sus reglas son los mismos que los de las facultades del entendimiento humano, porque los niños no son otra cosa que hombres pequeños. Y el método en sus demostraciones sigue el mismo camino que el espíritu en sus percepciones.

Lo que el niño pequeño percibe á primera vista en los objetos, es el color: lo percibe por la simple y pasiva sensacion producida en su ojo sin ningun concurso de su parte, y puede decirse de una manera animal.

En seguida observa la forma: este es el trabajo del recuerdo y de la comparacion que principia.

Despues, desarrollándose poco á poco la reflexion del niño, investiga y procura adivinar el uso del objeto sometido á su es-

tudio. El pequeño filósofo quiere ya encontrar la razon de las cosas.....

Despiértase el sentido científico y quiere conocer la materia de que el objeto está formado.

En seguida esta alma cándida, sin saberlo, remonta al origen, á la causa primera. Allí es donde el preceptor vigilante espera á su discípulo para despertar en él los más fecundos sentimientos.

No me detendré á justificar con razonamientos filosóficos esta marcha de las percepciones en los niños; no reclamo de vosotros una creencia ciega: esto está en el dominio de las cosas experimentales, y á vosotros no corresponde sino su observacion.

Solamente para que sea concluyente la demostracion es preciso, ó seguirla desde la primera edad del niño, lo que solo es fácil á las madres, ó hacerla por medio de un objeto completamente desconocido de los niños, á fin de que los conocimientos ya adquiridos por ellos no vengan á sustituirse á su impresion actual y á engañar vuestra observacion.

Creo que así lo podrá hacer M. Bourgeois, este honorable preceptor de los Vosges, que acaba de recibir la cruz de honor por sus cuarenta y seis años de buenos servicios, y tomo este ejemplo, porque él interesa á todos en el presente y en el porvenir. M. Bourgeois vuelve á su escuela, y rodeado de sus discípulos, pastorcillos la mayor parte de ellos, que no han visto jamás una cosa semejante, podrá hacerles entrever rápidamente la cajita roja que encierra la preciosa joya, preguntándoles:

«¿Qué es ésto?»

Todos á la vez contestarán:

«Es de color rojo.»

Entónces M. Bourgeois pone la caja sobre una mesa, y observarán que es larga, redonda ó cuadrada. Hé aquí la *forma*.

Que la abandone á su discrecion, y discrecion no es la pala-

bra á propósito en esta circunstancia, porque su mayor deseo sería el de abrir la caja para ver lo que tiene adentro, es decir, conocer el uso de ella.

Abierta la caja, leerán sobre la cruz esta inscripción: *Honor y patria*; y como presumo que esas nobles palabras no habeis dejado que sean extrañas á ningun niño de vuestras escuelas, será fácil el satisfacerlos sobre el uso de la cruz de honor.

«¿Y con qué está hecha?» preguntarán desde luego, y el Sr. Bourgeois les enseñará lo que es la plata y el esmalte de que está fabricada la cruz.

«¿Quién os ha dado esto?» preguntarán, en fin, completando sin premeditacion y sin observarlo, el encadenamiento normal de sus percepciones, de la manera que hace poco os indicaba: color, formas, uso, materia, origen.

No hay necesidad de añadir que una gran leccion de moralidad, de honor, de consagracion al deber, deberá cerrar y sancionar esta oportuna leccion de objetos.

Pero no es solamente sobre objetos nobles y elevados sobre lo que se puede hacer la leccion de las cosas. Una flor, una espiga de trigo, una hoja de papel abastecen la materia.

Hace mucho tiempo que esta manera de enseñar á nuestros discípulos, que son los hijos del pueblo, ha sido preconizada, y esto lo hizo un preceptor de príncipes, Claudio Fleuri, en el siglo diez y siete, en su *Tratado de estudios*.

«Como los primeros objetos de que los niños se impresionan, son el interior de una casa, sus diversas partes, los criados y sus diversos empleos, los muebles y demás menaje, no hay sino seguir su natural curiosidad para enseñarles agradablemente el uso de todas estas cosas, y hacerles comprender, hasta donde alcance su capacidad, las razones sólidas que las han hecho inventar, haciéndoles ver las incomodidades que remediándolas nos evitan. Así se acostumbrarán á admirar la bondad del Creador en todas las cosas con que provee á nuestras necesidades,

la industria que ha dado á los hombres para servirse de ellas; á sentir la felicidad de haber nacido en un país bien cultivado, y en una nacion instruida y civilizada; á formar nobles ideas de todas las cosas, que la mala educacion y la vanidad de nuestras costumbres nos hacen menospreciar, y á no desdeñar una cocina, un gallinero, una plaza de mercado, como hacen la mayor parte de las gentes educadas con delicadeza. En fin, se les acostumbra á reflexionar sobre todo lo que se presenta, lo cual es el principio de todos los estudios. Nos equivocamos demasiado cuando se imagina que es preciso buscar cosas lejanas con que instruir á los niños. No debiendo vivir ni en el aire, ni entre los astros, y aun ménos en los espacios imaginarios, y teniendo que vivir en este bajo mundo, sobre la tierra, tal como es en la actualidad, preciso es que conozcan la tierra que habitan, el pan que comen, los animales que les sirven, y sobre todo, á los hombres con quienes tienen que vivir y con los que tienen que hacer sus negocios.

«A medida que adelanten en edad, se les instruirá más, se les instruirá ligeramente en las artes, que tienden á procurar las comodidades de la vida, haciéndoles ver trabajar, y explicándoles con mucho cuidado todas y cada una de las cosas. Se les hará ver en la casa ó en otra parte, cómo se hace el pan, los tejidos de algodón, los de lana y seda; verán trabajar á los sastres, á los tapiceros, á los ebanistas, á los carpinteros, á los albañiles y á todos los obreros que sirven para edificar las obras. Preciso es hacer de manera que se instruyan en todas estas artes, para que puedan comprender el lenguaje de los obreros, y que no puedan ser engañados. Este estudio será para ellos de una gran diversion, y como los niños desean imitar todo, no dejarán de hacerse juegos en que se esfueren á imitar á los artistas que han visto. Es conveniente no oponerse, ni burlarse de lo que hagan, sino ayudarlos con agrado, mostrándoles lo que tengan de quimérico ó de mal hecho sus pequeñas empre

sas, y lo que deben procurar para que sea fácil su obra. Esta ocasion presentará la de enseñarles mucho de mecánica; y si tienen el placer de obtener un buen resultado en algo, será su felicidad, pues es el mayor placer en esa edad. Tambien será bueno enseñarles á conocer el precio comun de las obras que puedan mandar ejecutar, y de las cosas que puedan comprar, segun su condicion, y aun de las que para otros tengan que comprar: aunque estos precios cambian con frecuencia, el que una vez los sabe no se hallará incierto sobre ellos, principalmente si se le ha advertido bien de las razones que hacen ciertos géneros tan caros en comparacion de otros, y de las causas ordinarias de estos cambios de precio. Querria tambien que un jóven supiese desde su tierna edad, por su experiencia ó por una exacta relacion, lo que es preciso para viajar.

«Hé aquí lo que llamo lo *económico*. Se ve que no pretendo que se haga un estudio en forma, ni que se aprenda en los libros. Todo se aprenderá por la conversacion y por la práctica, y será ménos de la funcion de un preceptor que del cuidado de un buen padre, ó de un tutor afectuoso. Sin embargo, los otros estudios le ayudarán, y *él les ayudará.....*»

Y este programa tan sabio, hecho para las clases elevadas, que sin duda aun no han tenido..... el tiempo..... de realizarlo para el más gran bienestar de sus riquezas; este programa, bosquejado en Inglaterra, en Francia, en España, en Alemania, ha sido completamente aplicado en una ciudad de Italia para los más pobres hijos del pueblo.

Véase lo que cuenta M. de Cormenin de lo que ha visto en Florencia en 1847, en un magnífico establecimiento fundado por el príncipe Demidoff, y dirigidos desde ántes por el marqués Torregiani.

Es el caso de decir: ¿Quién tendrá caballos hermosos, si no es el rey?».....

«Cuadros adecuados suspendidos en la sala de la escuela pri-

maria instruyen á los jóvenes que salen del asilo, y allí reciben lecciones de dibujo, del corte de piedras y de simple arquitectura. Otros talleres de imprenta, de zapatería, de sedería y de diferentes estudios profesionales, están abiertos en la casa para los niños salidos del asilo, que manifiestan su gusto por alguno de ellos. Se les ha tomado casi al nacer, y por una ingeniosa prevision se completa allí su aprendizaje. No se descuida nada para que tomen de los seres, de las cosas, de las artes, ideas claras y precisas, y sucesivamente sin confusion ni desorden. De esta manera se coloca á su vista, á medida que pueden comprender, los objetos de los tres reinos de la naturaleza, el vegetal, el mineral y el animal. Todos estos objetos se tienen en armarios separados, teniendo cada armario sus divisiones. Se ven allí espigas de diversos trigos, de cebada, de pastos y verduras, de legumbres. Se les llama por sus nombres delante de ellos, se les enseña, se les describe. De esta manera se acostumbra á conocerlas y nombrarlas los mismos niños tan luego como se les pregunta. De la misma manera se obra con las muestras de piedras, de tierras, de yesos, mármoles, azufre, metales de oro, cobre, plomo, plata, betunes, clasificándolos en un orden metódico. Se les hace tocar, se les dice el origen de cada objeto, y brevemente se explica su trasformacion y aplicaciones á los diversos usos de la vida.

«Se les presentan animales disecados y empajados, tal como la naturaleza los ha formado, aunque sin vida, para que los niños formen idea de ellos; se les explican sus nombres, sus costumbres, sus instintos, su manera de ser, sus cualidades y sus peligros.

«A los niños de la escuela primaria se les descubren la anatomía del hombre interior, la composicion de los cuerpos, el juego de los órganos, su lugar, sus funciones, su economía. Se hace asistir al hombre delante de ellos, estudio serio que los obliga á meditar. Las lecciones de mecánica completan su enseñanza.

Se hace jugar á su vista el rodaje de las máquinas; se les describe el mecanismo de los relojes, de los molinos, de los buques de vapor, de las locomotivas, de los telares para hilar, tejer y fabricar paños, tejidos de algodón, seda ó lana. Todo esto se enseña como por diversion, sin esfuerzo y sin contrariedad.

«Creo que se haria muy bien en excitar á las municipalidades, á que cada una, segun sus recursos, se procuren colecciones semejantes de los tres reinos de la naturaleza.

«No hay escuela, por pequeña que sea, donde no se pueda colocar uno ó dos armarios que encierren aquellos objetos, y nada seria más interesante ni más sólidamente instructivo para los niños de la ciudad y del campo.» (*De las salas de asilo*, por M. de Cormenin.)

¿Pero qué es lo que dá valor á las lecciones de objetos? ¿En qué consiste que se encuentren con tanta reputacion, tan altamente recomendadas, y que én efecto sean tan provechosas?

¡Ah! existe una terrible, desconocida y suprema ley, que no quiere que se tenga *paciencia* para la educacion, que quiere que el discípulo sea un agente activo, tan activo como el preceptor, que sea su inteligente colaborador en las lecciones que de él recibe, y que segun la expresion del catecismo, coopera tambien á la gracia.

Lo que hace el valor de las lecciones de objetos, lo que las hace amables y eficaces, es que ellas se encuentran conformes con esa ley. Es que se apela á las fuerzas personales del niño, que ponen en juego, en movimiento sus facultades físicas é intelectuales; que satisfacen á su natural necesidad de pensar, de hablar, de moverse y de cambiar de objeto. Es que llegan á su imaginacion por el intermedio de sus sentidos; que se sirven de lo que sabe, de lo que ama, para interesarlo en lo que no sabe ó que aun no ama. Porque ellas son para él, en una palabra, lo *concreto* y no lo *abstracto*.

Veis el éxito de todos los procedimientos de enseñanza fun-

dados sobre esta base, de estos procedimientos que impropriamente son llamados métodos; un método deberia presentar un conjunto, y la manera de enseñar de que hablo, no siendo sino de procedimientos pormenorizados, no por esa razon deja de ser muchas veces excelente.

En el primer lugar, para la enseñanza de la lectura, se encuentra colocado el procedimiento fonomímico de M. Gosselin, procedimiento que fué inventado especialmente para los sordomudos, á cuya instruccion parece satisfacer, pero que me ha admirado más por el atractivo que inspira y los rápidos resultados que ha obtenido con los niños de la clase pobre. He querido explicarme la causa, y como estoy en el camino, fácilmente la encontré.

La memoria es la facultad esencial con la cual se aprende á leer. Pero la forma de cada letra y la accion recíproca de las letras entre sí, resultado de una simple convencion, sin que razon alguna las obligue forzadamente á distinguir las unas de las otras, hace que por mucho tiempo se confunda en la imaginacion de los niños, y no es sino por medio de la costumbre, es decir, de una larga repeticion de los mismos objetos, y quien dice largo dice fastidioso, cuando los niños terminan por aprender á leer. Rigurosamente la costumbre podría dispensar de todo método; es suficiente hacer repetir á los pericos y á los borricos lo que puede ser suficiente para hacer leer á un niño pequeño. Entonces, cruzémonos de brazos, abdiquemos y dejemos que todo vaya con la corriente. Triste consejo, que ni vosotros ni yo tenemos el deseo de seguir: al contrario, es preciso aprovechar el tiempo; ¡la vida es tan corta para todo el bien que hay que hacer!

El procedimiento fonomímico abrevia la duracion del estudio; reemplaza la monotonía de la costumbre por la actividad intelectual; él se acompaña de los movimientos corporales favorables á la salud, y sustituyé á la disciplina de la contrariedad, la disciplina del placer. En lugar de dirigirse principalmente á

La memoria, facultad esencialmente pasiva, no llega al resultado sino con la ayuda de lo que hay de más activo en el niño; la imaginación y el cuerpo. Desde luego se le presenta la lectura como representación de palabras *habladas* y no de palabras escritas; distinción tan fundada como ventajosa. Enseña al niño, no letras aisladas como en la escritura, sino sonidos y articulaciones como en la palabra. Hace analizar de esta manera la palabra *sombrero*: som-bre-ro, y no s, o, m, b, r, e, r, o. Fácil es ver de una mirada la multiplicidad de elementos del segundo análisis que presenta muchas más dificultades que el primero.

En seguida, á cada sonido ó articulación va unida una idea relativa, que ya posee el niño, y que es el vínculo al que se liga no ménos sólidamente que el recuerdo del sonido ó la articulación, así como la forma de las letras que la representan.

También hace reproducir exteriormente esta idea, por ese gesto imitativo, y hé aquí la lectura *arraigada* en la memoria del discípulo por el triple recurso de la vista, de la idea y del gesto; es decir, por el concurso de todas las facultades activas.

Si la lectura, á pesar de estas dificultades, se coloca con razón á la cabeza de la enseñanza escolar, es porque es el instrumento indispensable de los otros ramos del estudio. En efecto, parece que el orden de introducción y la importancia dada á todas las materias de la educación, deben ser determinadas por su utilidad práctica: con este título, todo lo que pueda desarrollar la certeza del ojo y la habilidad de los dedos, se impone al maestro al mismo tiempo que la lectura, y por esto los pequeños ejercicios geométricos inventados por Fröebel nunca serán bastante recomendados.

¡La geometría! ¡Qué hermosa palabra, alta ciencia, impracticable al observar su cima; llena de interés y de encanto cuando el acceso á ella es sabiamente llevado por los primeros esfuerzos de nuestra inteligencia! Fröebel, filósofo, como todo digno alemán, elevándose á menudo hasta las nubes, ha construido,

sin embargo, al rededor de esta ciencia, un camino fácil, lleno de frescas flores, de juegos festivos, de alegría, que los niños recorren riendo y en el cual no tardan en correr más pronto que los nuestros. Con los más pequeños sólidos geométricos del fundador de los *jardines de niños*, éstos construyen sin trabajo casas, muebles, sólidos cercados, grandes paredes. Aplicándose á lo que hacen, y su aplicación es grave, su placer les interesa, su diversion es una lección provechosa.

No puedo decirlo todo. ¡Todo!..... Esto se sobrepondría á mis fuerzas, al tiempo y á vuestra paciencia.

Terminaré, pues, dejando á vuestra inteligencia el más grande papel que hay que cumplir, el de esparcir los principios que os he emitido, no solamente en los pormenores que he abordado, sino en todo lo que haya omitido.

Debe tener algunas dificultades al principio: no se sale de la rutina sino con un poco de esfuerzo: todo se compra en este mundo, pero tened confianza; lo mejor encierra en su seno facilidades inexperadas, porque lo mejor es la dirección que Dios indica á la humanidad. Ensayad, puede ser que os engañéis: muchas veces ciertamente os engañaréis, pero no importa, volved á emprender. Solamente los que no hacen nada son los que no se engañan, y sin embargo, el permanecer ocioso es el peor de los errores. Perseverad en mejorar vuestra enseñanza; nada de prevenciones ni de partido tomado; buscad con buena fé, ingenios, poned de ese lado todos vuestros esfuerzos; vuestro interés, vuestra propia felicidad se encuentran estrechamente ligados con el de vuestros discípulos. Su afecto duradero, el reconocimiento de las familias, la estimación de la administración ó sociedad á quien sirvais, la serenidad de vuestro espíritu y de vuestra conciencia, todo se unirá para afirmaros y para probaros la verdad de este pensamiento.

Trabajar para vuestros alumnos es trabajar para vosotros mismos.